

AGENDA CIUDADANA

AL CAMBIO POR LA VÍA DE LA DESCOMPOSICIÓN

Lorenzo Meyer

La división de la élite.

Al final de todo sexenio hay una demanda de cambio, pero la de hoy es generalizada, abierta y urgente. Ahora bien, por la forma en que concluyó el salinismo, hay una posibilidad de que ese cambio se materialice por la vía de la descomposición del sistema de partido de Estado. Se trata, claro está, de una mera posibilidad, pero vale la pena explorarla.

El sexenio salinista se fue en medio de conflictos espectaculares; uno de ellos fue precisamente el protagonizado por el choque, literalmente a muerte, entre facciones del propio partido de Estado. Esa fractura en la cúspide de la pirámide del poder, es un evento que entraña tanto oportunidades como el peligro de desembocar en un proceso desordenado, que a nadie conviene.

Repasemos la experiencia histórica. Siempre que México ha experimentado un cambio político significativo -una transformación del régimen- el detonante ha sido una rasgadura en el tejido de la élite. Estos rompimientos en las alturas han abierto espacios por donde se introdujeron de manera violenta y caótica a la arena política actores e ideas que hasta ese momento habían vivido marginados. Así ocurrió, por ejemplo, durante los choques crillos-españoles al principio del siglo XIX, y continuó con los protagonizados después por centralistas-federalistas, liberales-conservadores o reyistas-científicos. De lo anterior no debe inferirse que a toda ruptura de la coalición gobernante

necesariamente le sigue el cambio de régimen. En efecto, muchas otras rupturas como las de carrancistas-obregonistas o de callistas-cardenistas, por ejemplo, no produjeron un cambio en las reglas del juego político sino un simple reacomodo en el primer caso o importantes transformaciones políticas, sociales y económicas en el segundo, pero sin romper con el orden.

Invariablemente, las luchas internas que desembocaron en fracturas de la cúpula en el poder, abrieron la posibilidad de transformaciones políticas más o menos profundas. Sin embargo, hay espacio para otra generalización: en ocasiones esas pugnas también dieron paso a la violencia y a la destrucción sin sentido. En cada caso, la naturaleza, grado y dirección del cambio, no dependió sólo de las élites, sino sobre todo de la interacción entre ellas y los nuevos actores que entraron en la disputa, y de las condiciones particulares de las estructuras políticas vigentes, las contradicciones sociales, la coyuntura económica, y el factor externo, entre otros.

Presidente y Presidencia en el Sube y Baja.

Uno de los aspectos que más llamó la atención a propios y extraños en relación al proceso político encabezado por Carlos Salinas, fue la enorme capacidad del presidente para recuperar el poder que la presidencia había perdido desde el lamentable final de la administración de José López Portillo hasta la elección sin credibilidad del propio Salinas.

Al asumir formalmente el control del aparato político mexicano, el salinismo tomó al toro por los cuernos y usando el poder que aún quedaba en la presidencia, se impuso, sin pérdida

de tiempo, a los caciques del movimiento obrero. Simultáneamente, forjó una sólida alianza con el gran capital, atrajo, subordinándolos, a los dinosaurios más representativos y los hizo sus colaboradores directos -Carlos Hank o Fernando Gutiérrez Barrios-, apaciguó a un PAN combatido por Miguel de la Madrid hasta hacerle comer de una de sus manos, mientras con la otra le asestó golpe tras golpe al cardenismo, reestructuró en su favor la relación Iglesia-Estado, disminuyó el papel de la empresa estatal y agrandó el de la privada, especialmente el de esa que se confunde con el monopolio como una gota de agua con otra, acabó con la inflación, dio el golpe mortal al ejido en nombre de Emiliano Zapata, controló férreamente los salarios a la vez que creaba el Programa Nacional de Solidaridad para paliar temporalmente -es decir, políticamente- la caída de los ingresos reales de las clases populares, en 1991 remontó la derrota electoral del 88; y para cerrar el ciclo con broche de oro, en 1993 logró una impresionante victoria sobre quienes en el Congreso norteamericano se oponían a la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC). Finalmente, impuso como candidato del PRI y seguro sucesor, a la persona que el quiso. ¡Impresionante!

Una muy bien orquestada campaña de relaciones públicas, hizo llover decenas de premios nacionales e internacionales sobre la persona de Carlos Salinas -desde galardones ecológicos hasta los puramente políticos. En las portadas de las revistas internacionales apareció la imagen de Salinas como la de uno de los más jóvenes, audaces y constructivos líderes del mundo periférico. Samuel P. Huntington, el famoso politólogo de la

Universidad de Harvard, llegó incluso a sostener que el gobierno presidido por Salinas, había logrado que México cambiara de civilización. Salinas era una especie de Pedro el Grande mexicano.

Tan notable acumulación de poder y prestigio se estrelló el 1° de enero de 1994 con un insospechado muro levantado por un ejército indígena en la selva chiapaneca. El choque dejó al descubierto una notable debilidad ocultada por el enorme aparato de publicidad al servicio de la presidencia. En realidad, esa debilidad ya no era tanto del presidente Salinas como de la presidencia misma, es decir, de la institución central del autoritarismo mexicano.

Una Presidencia que Pierde Control y Poder.

En el caso mexicano, la presidencia es casi equiparable al sistema político mismo. En la práctica, el presidente es el jefe tanto del Poder Ejecutivo como del Legislativo y del Judicial, también lo es de casi todos los gobiernos estatales y del grueso de los municipales; finalmente, es, o se le suponía ser, el líder indiscutible del partido del Estado.

En realidad, y ahora lo vemos de manera más clara, la superpresidencia salinista empezó a mostrar su debilidad a raíz del asesinato del cardenal Juan Jesús Posadas el año pasado. El asesinato de un príncipe de la Iglesia en pleno aeropuerto y con total impunidad, fue, entre otras cosas, un desafío directo a la élite del poder mexicano y, sobre todo, al jefe indiscutible de ella: el presidente. Oficialmente se dijo que el incidente fue producto de una desafortunada equivocación de sicarios al

servicio del narcotráfico, pero la duda quedó en el aire. En cualquier caso, el incidente mostró que al menos un actor importante del sistema -ese que mueve alrededor de 25 mil millones de dólares al año- actuaba impunemente al margen del control presidencial. Meses después, y desde el otro extremo geográfico, ideológico y moral, surgió un nuevo desafío: el levantamiento armado de los indígenas chiapanecos bajo la bandera del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). En este caso el reto fue público y directo; la primera declaración de la Selva Lacandona anunció que la lucha era directamente contra Carlos Salinas, al que se consideraba un presidente ilegítimo.

Para esas fechas, Salinas tenía ya un problema evidente dentro de sus propias líneas: un miembro clave del grupo compacto salinista, Manuel Camacho, había roto con una de las reglas centrales del juego político oficial y se había negado a respaldar la decisión más importante de todo presidente al final de su sexenio: el nombramiento de su sucesor, en este caso, Luis Donaldo Colosio. Sin embargo, la indisciplina de Camacho resultó poca cosa con lo que vendría poco después: el asesinato a plena luz del día de Luis Donaldo Colosio, el personaje al que Carlos Salinas había preparado con singular esmero para que asumiera el poder y prolongara así el dominio de su "grupo compacto". A prácticamente nadie convenció la explicación oficial que sostuvo que el sorprendente crimen -de hecho un magnicidio- había sido producto de la acción de un individuo aislado. Creció la sospecha de un desafío sin precedente al poder presidencial por parte de un grupo interno. Cuando se produjo el tercer asesinato

espectacular -el de José Francisco Ruiz Massieu, secretario general del partido de Estado y ex cuñado de Carlos Salinas-, la duda sobre una brutal lucha sin control dentro de los propios corredores del poder, se convirtió en certeza. Se había quebrado el único principio del sistema, la regla de oro sobre la que descansa todo el autoritarismo mexicano desde que el presidente Lázaro Cárdenas triunfó sobre el "Jefe Máximo" Plutarco Elías Calles en 1935: nunca desafiar abiertamente la voluntad del "Señor Presidente".

Hasta 1994, todos los desafíos internos a la voluntad presidencial habían sufrido un castigo ejemplar: desde aquel intentado por el general Almazán hasta el de "La Quina". Sin embargo, esta vez, el o los culpables quedaron impunes y pusieron al descubierto la medida de la impotencia presidencial. Fuera de los muros de Palacio, la insurgencia neozapatista recibió un apoyo tan decidido de una parte de la sociedad, que el presidente no pudo continuar la ofensiva desatada por el ejército contra ellos y, en cambio, debió empezar a negociar.

Mario Ruiz Massieu o el Golpe Final.

El último episodio de la cadena de desafíos inéditos al otrora poderoso presidente, se dio a escasos siete días del final del sexenio. En efecto, el 23 de noviembre el ex subprocurador, Mario Ruiz Massieu, tras renunciar a su cargo, declaró públicamente que la investigación del asesinato político de su hermano había sido bloqueada por los propios dirigentes del partido de Estado y por el Procurador General, pues no deseaban que se llevara la investigación hasta sus últimas consecuencias

para no dañar la imagen de la clase priísta. Mario Ruiz Massieu renunció a su puesto pero no sin antes lanzar una frase lapidaria: "pudo más la clase política priísta que la voluntad de un Presidente". Si esta afirmación es verdad, la naturaleza del sistema mexicano esta en el umbral del cambio.

El debilitamiento de la presidencia sin límites, puede ser, si sabemos aprovecharlo, una gran oportunidad para avanzar en la modernización política de México. Sin proponérselo, quizá el salinismo dio finalmente un paso decisivo en la transición mexicana a la democracia, pero sólo a condición de que el espacio que deje esa presidencia que hoy termina, sea llenado por las instituciones legítimas: una presidencia limitada, unos poderes legislativo y judicial reales, un federalismo auténtico y un sistema de partidos donde ya no exista uno que sea de Estado. Esto es mucho pedir, pero no se puede pedir menos, no podemos exigir menos.